

# Una idea de nación en la educación católica del porfiriato al cardenismo

Valentina Torres Septién\*

*Amor de Patria comprende  
Cuanto el hombre debe amar:  
su Dios, sus leyes, su hogar  
y el poder que los defiende.<sup>1</sup>*

Desde que los primeros misioneros llegaron a la Nueva España tuvieron muy clara la idea de que había que enseñar a leer a los niños y jóvenes, no con la intención de que leyeran libros eruditos y voluminosos, sino para que aprendieran el catecismo como fundamento de su fe y hacer de ellos cristianos perfectos. La metodología de preguntas y respuestas utilizada por la Iglesia desde el siglo XVI en las nuevas tierras, que continuó a todo lo largo del periodo colonial, también probó su eficiencia no solo para la enseñanza de la religión, sino como una “pedagogía de inteligencia dirigida”, porque aseguraba un aprendizaje estricto y para la Iglesia católica la transmisión incuestionada de la tradición de las verdades reveladas. Esta doctrina, considerada como inmutable y eterna, no podía variar ni en una sola tilde.

La memoria, otro elemento fundamental de esta pedagogía, obligaba al catequizado a repetir el texto “a pie juntillas”, y sin mucho o ningún cuestionamiento. El éxito de los “manuales catequizadores”, señala Fernando Esteban Ruiz, “se circunscribe, sobre todo, a los ámbitos de las creencias, las ideologías y las normas sociales”.<sup>2</sup> En esos manuales, así como en los sermones u homilías, las enseñanzas doctrinales y evangélicas eran continuamente machacadas. Junto con estas enseñanzas inamovibles, los creyentes también aprenderían otros conceptos que la Iglesia deseaba que quedaran muy claros en su mente.

Al tiempo de asimilar las verdades esenciales de la religión que el catecismo transmitía, y que el ejemplo y la conducta también reforzaban, el sermón y la homilía comunicaban otro tipo de enseñanzas que también serían aprendidas y

\* Universidad Iberoamericana.

<sup>1</sup> Anónimo, *Susanita, Libro de lectura para uso de señoritas*, París, Librería de la Vda. De Ch. Bouret, México, 1904, p. 143.

<sup>2</sup> Fernando Esteban Ruiz, “Géneros textuales y enseñanza del código urbano en los manuales escolares de la España contemporánea. Los cauces de la memoria”, en Jean-Louis Guereña, Gabriela Ossenbach y María del Mar del Pozo, *Manuales escolares en España, Portugal y América Latina (siglos XIX y XX)*, Madrid, UNED, 2005, p. 239.

aceptadas por los fieles católicos. En el sermón o en la homilía, el párroco unía los hechos nacionales o locales a los de la historia sagrada y a las máximas doctrinales.<sup>3</sup> Poco a poco, a las enseñanzas de las verdades inmutables se añadió otro tipo de conceptos desde el púlpito, ideas no solo apegadas a lo sagrado, sino también a lo temporal. De esta forma, los individuos socializaban políticamente estos conocimientos que con el tiempo los ayudaban a sentirse parte de una comunidad imaginada, a la manera que la describe Benedict Anderson.<sup>4</sup> Y así, con la transmisión de las verdades incuestionables y la historia temporal —cierta o mítica—, válida para un determinado grupo o para toda la población de una nación, se construyó la identidad histórica que formará parte de la identidad nacional y del concepto más preciso de patria.

### NACIÓN Y PATRIA

Para los científicos sociales ha resultado complejo elaborar una definición de patria, de Estado o de nación. La nación, nos dicen algunos politólogos, es una construcción intelectual. Es una creación, “una ilusión activa en cuanto los hombres no solo creen que son iguales, sino que pueden actuar en defensa o conservación de su comunidad ilusoria”. Sin embargo, esta comunidad es difícil de aprehender: en cualquier nación existen individuos diferenciados, los del norte y los del sur, los del centro y los de la costa, los blancos y los indígenas, los cultos y los iletrados, los creyentes y los agnósticos, etc. La identidad nacional se construye en tomo a una “comunidad política imaginada”, como lo afirma Anderson, quien señala que es imaginada porque no existe una sociedad homogénea; sin embargo, sus miembros, a pesar de sus grandes diferencias, intuyen y aceptan una comunidad vinculante, una sociedad que los une en función de conceptos tales como el territorio, la lengua, el pasado común, la religión y en el caso mexicano sin duda la Virgen de Guadalupe.<sup>5</sup> El mito fundador de la patria encarna el guadalupanismo, rasgo central de la nación, en el que estuvieron de acuerdo, incluso, muchos liberales. Desde el siglo XIX quedó claro que los hombres y mujeres nacidos en el territorio nacional eran ciudadanos mexicanos, ciudadanía que se fue perfilando en las leyes a través del tiempo. Sin embargo, la historia nacional nos muestra que la nuestra es una sociedad fragmentada y diversa vinculada por “pactos de sangre” existentes desde tiempos remotos y hasta cierto punto inmutables, que no pueden romperse.

Para la Iglesia católica y para sus seguidores, el nacionalismo no identifica a la nación con el Estado. En cambio, las ideas de nación y patria sí serán una cons-

<sup>3</sup> Roberto Miranda Guerrero, “La patria y el catecismo (1850-1996)”, *Estudios sobre culturas contemporáneas*, México, vol. II, núm., 4, dic. 1996, p. 45.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>5</sup> Incluso Ignacio Manuel Altamirano dijo que el día en que no se adorara a la Virgen del Tepeyac, no solo “habrá desaparecido la nacionalidad mexicana, sino también hasta el recuerdo de los moradores del México actual”.

tante del discurso católico a partir de la etapa independiente. El concepto más aceptado en cuanto a la idea de patria, indica un origen ancestral del pueblo en el que participan una historia en común, valores y símbolos. Podríamos afirmar que patria es un ideal común compuesto por la lengua, las tradiciones y costumbres, el territorio y la religión. Sin embargo, encontramos distintos énfasis que católicos y conservadores pondrán en este concepto, en el que quedan especificadas ideas tradicionales con una fuerte carga religiosa como en el siguiente párrafo:

Por patria debe entenderse el suelo donde nacemos, el hogar donde nuestra madre nos enseñó a pronunciar los [...] nombres de Jesús y de María, en que aprendimos las primeras verdades de la fe [Por] patria entenderemos la iglesia parroquial donde recibimos la primera comunión [...] los restos de nuestros antepasados [...] La patria es la escuela, la oficina, la fábrica; el código de las leyes y de las buenas costumbres [...] la geografía nacional, formada por sus límites y tipos de raza, por la lengua, por la bandera [...] ¿Amamos a nuestros padres? Por la misma razón debemos amar también a la patria, pues el poder y autoridad de la patria es parecido al poder y autoridad de los padres, fuente de uno y otro es Dios. En la Iglesia [...] es tradición constante el amor patrio, como heredera de la Patria es una suma de atributos —físicos, educativos, costumbristas, económicos, históricos, raciales, lingüísticos, simbólicos y políticos— que definen un sentimiento: amor a la Patria.<sup>6</sup>

Miranda Guerrero señala que Guillermo Prieto, desde una perspectiva secular, tenía una opinión semejante al afirmar que en la escuela “la Patria es su historia y [...] se respira a la patria. En sus brazos nos debe esperar la religión santa de su libertad, de su honra y de su gloria”, que si bien incorpora elementos religiosos, muestra ya una perspectiva mucho más laica. Por eso, la forma como se construyeron las ideas de nación y de patria varían de acuerdo con la ideología, la tradición, el momento y la memoria de quien describe los conceptos en el tiempo.

#### LA PATRIA EN EL IMAGINARIO DE LA NUEVA NACIÓN

Una de las enseñanzas que estuvo muy presente, sobre todo a partir de la Independencia, consistió en afirmar que el cristianismo y la patria estaban fuertemente vinculados. Así la Nueva España, luego México, se conceptualizará como una nación católica desde sus orígenes coloniales, aseveración que será mantenida y repetida hasta muy recientemente por los grupos católicos. Ser católico y patriota será una identidad aprendida en la doctrina, en la historia sagrada y en la historia patria, así como en el sermón, pero también en la escuela. A través de la enseñanza de la “doctrina” y de su explicación, los niños aprendían que enemigo de la

<sup>6</sup> Gilberto Dianda, “El catecismo mayor de S.S. el papa Pio X. Explicado al pueblo según la norma del catecismo de Trento. Tomo IV. Versión castellana por P. Enrique Portillo, S.J.”, en Miranda Guerrero, *op. cit.*, p. 53.

patria era todo aquel que no profesa la fe cristiana. En este marco estaban considerados los protestantes, los judíos, los socialistas y los masones. Para los católicos creyentes del siglo XIX y buena parte del XX ser mexicano era sinónimo de ser católico. Las recientes visitas papales todavía reiteraron ese mensaje.

Por eso al triunfo de los liberales, estos ven en tal pedagogía catequística una metodología idónea para enseñar conceptos sobre la nueva nación independiente; si bien para la Iglesia católica era la manera cotidiana de inculcar la religión, para los liberales fue el medio de estimular el conocimiento de una doctrina cívica. El catecismo como manual educativo fue y sigue siendo un instrumento de control empleado por el poder tanto religioso como laico.

Sin embargo, a partir de la Independencia la religión empieza a desdibujarse como el mayor vínculo de unidad nacional y va perdiendo fuerza frente a las luchas libertarias, por lo que la Iglesia va quedando relegada paulatinamente y se vinculará con los grupos más conservadores; al triunfo de los liberales, después de la Guerra de Reforma (1867-1860) la religión se irá borrando de las leyes y de la escuela y poco a poco caerá en el desprestigio, producirá escisiones que causarán grandes disputas entre quienes buscaban la modernidad y los que deseaban mantener el *statu quo*, las costumbres y la tradición con la idea de que “conservar es hacer patria”. Si al principio de la etapa independiente la religión católica parecía un paradigma incuestionable, con el paso del tiempo se fue complicando su permanencia a raíz del triunfo liberal. Conservadores y católicos lucharon durante casi dos siglos por mantener la religión como parte del sistema de gobierno.

Importantes maestros harán uso de los nuevos métodos europeos más acordes con la modernidad, como Enrique Rébsamen, quien propuso la sustitución de la historia sagrada por la historia patria, “piedra angular de la educación nacional”, que con la instrucción cívica formarían al ciudadano moderno. Al respecto Justo Sierra manifestaba: “un solo evangelio: el de la ciencia, y una religión única: la de la patria”. Lo que estaba en juego, entre el Estado y la Iglesia, era la dirección de la socialización política de las nuevas generaciones. Asimismo, el positivismo comteano dará a la educación mexicana los tres títulos que mantendrá hasta la fecha: educación laica, gratuita y obligatoria.

## EL CAMBIO DE SIGLO Y EL ESTADO LAICO

La Revolución de 1910 dará un nuevo sentido a la educación. Los liberales triunfantes plasmarán una nueva idea de nación negando a la educación cualquier cariz religioso. Para eso, uno de los caminos tomados por los revolucionarios fue adueñarse de la historia nacional para reescribirla con cuidado de condenar a la Iglesia y a sus seguidores. La nueva historia se vinculará al concepto secular, donde la religión ya no será el elemento de unión, sino que se hará uso de otros constructos, o símbolos “patrios”, como los héroes, la bandera, el himno nacional, mismos que convocarán la idea de nación. Esto quedará plasmado en la Constitución de

1917 que estableció en su artículo 3° referente a la educación, 24° y 130 en materia religiosa un afán laicizador que limitará la política de la Iglesia en el futuro.

La ruptura entre liberales y conservadores se hará evidente en la oposición que se dará entre la construcción de la idea de nación histórica de los conservadores, frente a la de nación política de los liberales. Estas ideas liberales se plasmarán, también paulatinamente, en planes y programas educativos. En este contexto se entiende por qué los constituyentes de 1917 buscaron darle un nuevo significado al concepto de laicismo, proscribiendo tanto la instrucción religiosa como la participación de la Iglesia en la educación. Y por qué el artículo 3° fue el más debatido y disputado.

La respuesta de absoluta inconformidad de la Iglesia fue inmediata, ya que alegaba el papel cohesionador que la religión había tenido en la historia nacional y en la formación de la nación mexicana. Señalaba asimismo, las inconsistencias de un proyecto que se decía heredero de la Constitución liberal de 1857, que en su momento los constituyentes habían debatido, no obstante que limitaba las libertades individuales. La libertad de enseñanza que había sido a lo largo del siglo XIX una parte importante de las libertades adquiridas, después de 1917 y ante el embate regulador del Estado fue la bandera que los conservadores desplegaron frente al Estado revolucionario, arguyendo que limitaba la libertad, concepto que la misma Constitución decía defender.<sup>7</sup>

El dilema de los liberales residía en el hecho de que, de imponer su ideología, se limitaba el derecho de los padres de familia para optar por el tipo de educación que consideraran como el adecuado para sus hijos. Por otra parte, la Iglesia y los grupos conservadores manifestaban que la voluntad de los padres estaba por encima de los dictados del Estado. Sostenían que tradicionalmente la facultad de educar había recaído en los padres. El Estado solo debía proteger con sus leyes los derechos de la familia para impartir educación o suplir a los padres cuando estos estuvieran incapacitados para realizar dicha función. Argumentaban por lo tanto que el Estado tenía la obligación de representar la voluntad del pueblo. Para la tradicional cultura católica los valores que enarbolaba la Iglesia en cuanto al magisterio de la Iglesia, la familia y la educación cristiana, tenían un papel primordial por encima de los que ostentaba el Estado. Para la Iglesia, dichos valores no eran debatibles y tenían un fuerte anclaje en la educación, vista como un agente de transmisión de la tradición.

#### TEXTOS ESCOLARES: AMPARO DEL CATOLICISMO MEXICANO

En este apartado se intenta mostrar cómo los conceptos de nación y patria que la Iglesia católica defendía siguieron transmitiéndose a los niños a través de los

<sup>7</sup> Soledad Loaeza, "La derecha y el conservadurismo mexicano en el siglo XX", *Nexos*, núm. 64, abril de 1983, p. 34.

libros de texto durante las décadas de 1900 a 1940 a pesar de los duros embates que la institución sufrió en ese lapso. Propongo este periodo pues fue precisamente en estos años cuando encontramos una fuerte oposición oficial a los textos católicos con la aparición de textos laicos como el *Código de moralidad para los niños de primaria*, que provenía de Cuba y fue aprovechado por Calles, para “echar por tierra victoriosamente el argumento de los directores de colegios católicos según el cual se formaba a los niños sin la base primordial de toda educación que es la enseñanza religiosa”, o la *Cartilla moral*, de Alfonso Reyes, que promoverá también una moral laica, basada en el respeto, y que marcaba la responsabilidad del individuo ante la sociedad, establecía una escala de valores y señalaba la forma de comportarse. Estos dos textos no hacían otra cosa que reinterpretar las virtudes cristianas desde una perspectiva laica.

Así, no es de extrañar que el campo más ambicioso, tanto para el Estado como para sus oponentes en estos años, fuera el educativo y el medio para lograr mantener la hegemonía de sus formas de pensamiento fueran la escuela y sus textos. Las luchas que se dieron entre la Iglesia y el Estado se debatieron fundamentalmente en este ámbito: su observación es indispensable para entender cómo durante los siglos XIX y XX se desarrolló la idea de nación. Tanto la nación histórica —salvaguardada por la Iglesia y los grupos conservadores—, como la nación política —defendida por el nuevo Estado revolucionario—, intentaron la supremacía de sus programas en sus escuelas (confesionales u oficiales) a través de sus textos escolares; fue la lucha de dos ideologías, ninguna de las cuales aceptaba una postura de subordinación. El problema mayor entre estas potestades fue precisamente en el terreno de lo religioso. La Iglesia no cedería ante la postura laica del Estado y, por lo menos al interior de sus escuelas, refrendaría como necesaria la educación religiosa.

El laicismo, entendido como educación neutral, idea que se manejó durante los debates constitucionalistas, fue una disputa que superó este adjetivo. De neutral se pasó a laica y con esto la educación católica perdería cualquier posibilidad de mantenerse como una opción posible. Sin embargo, el catolicismo militante buscó medios para sobrevivir. Escuelas católicas, escuelas libres, escuelas “clandestinas” camufladas para poder permanecer, escuelas particulares, con sus propios programas y textos no dejaron de existir a pesar de las prohibiciones.<sup>8</sup>

En México existe una gran laguna historiográfica respecto a los libros de texto que se utilizaron a lo largo de los siglos XIX y XX. Los pocos textos escolares con que contamos nos permiten apreciar que a lo largo de casi doscientos años, los textos utilizados en escuelas privadas o particulares siguieron reflejando los valores tradicionales católicos de la educación colonial. En los textos escolares “tradicionales” es constante la alusión de que de la “Madre Patria” recibimos, junto con la

<sup>8</sup> Valentina Torres Septién, *La educación privada en México, 1903-1979*, México, El Colegio de México/Universidad Iberoamericana, 1995, pp. 136-152

lengua, la religión y las costumbres, la identidad nacional y elementos que conforman también la idea de patria. Mantener estos conceptos fue necesario para aquellos que opinaban que una parte importante de la identidad nacional era el catolicismo. Los textos predicaban valores éticos apoyados en el individualismo, el respeto a la propiedad privada y la preservación de una sociedad jerarquizada en clases; promovían actitudes pragmáticas indispensables para mantener el orden social establecido, conceptos apoyados por la Iglesia y los grupos conservadores.

A pesar de la aparición de los nuevos textos laicos, los textos tradicionales católicos permanecieron, lo cual se puede atribuir a dos causas: a la incapacidad del Estado para satisfacer las necesidades de textos escolares para todas las escuelas y la negativa de los sectores conservadores para aceptar los de tendencia contraria, sobre todo en las escuelas católicas, donde ejercían mayor poder de decisión y mayor libertad de acción. Sea cual fuere la causa, la Secretaría de Educación Pública reconoció en su *Memoria* de 1933 “la necesidad de dejar algunos textos de lectura un tanto alejados de los propósitos que sigue en materia educativa la Secretaría de Educación”.<sup>9</sup>

#### LA PATRIA, SUS HÉROES Y VALORES EN LOS TEXTOS ESCOLARES

La idea de patria y de nueva nación a partir de la Independencia conllevó problemas provocados por la ya inevitable fusión de dos culturas, por revoluciones y cambios de gobierno. La religión católica, ya establecida como religión de la nueva nación, también se enfrascó durante estas décadas en una lucha por no perder la hegemonía ganada durante los tres siglos coloniales.

Los textos escolares mantuvieron, sin embargo, en sus lecciones la tradición religiosa heredada. Son documentos importantes en tanto que fueron por mucho tiempo, y a pesar de las luchas ideológicas, baluartes de la concepción cristiana de la sociedad. De ahí su importancia.

La Patria fue tal vez el concepto más utilizado para justificar la permanencia del catolicismo: es un constructo ideal, bucólico, entrañable; es ese ente por el cual hay que trabajar, sufrir y si es preciso dar la vida. Las lecturas sobre la patria dan muestra de ello, por eso en la mayoría de los textos escolares, confesionales o laicos, se encuentra alguna lección, poema o reflexión en torno a su importancia como parte de la identidad nacional. En una de estas lecturas se dice lo siguiente:

¿Qué es la Patria? Para nosotros, los mexicanos, es México el país en que hemos nacido, donde todos hablamos la misma lengua y tenemos iguales costumbres.

Amadla, niños míos, porque por daros patria sacrificó su vida Hidalgo, noble anciano que quiso morir por libertarnos del yugo español. Por conservar libre nuestra Patria, por no dejarla en poder del extranjero, Juárez comió el amargo pan del

<sup>9</sup> Secretaría de Educación Pública, *Memorias*, México, SEP, 1933, p. 120.

proscrito, se vio a punto de perecer en varias ocasiones y abandonado casi por todos, no desmayó un instante y salvó a la patria que parecía estar ya perdida. El general Porfirio Díaz luchó denodado en los campos de batalla, y sus triunfos le llevaron más tarde a la Presidencia de la República. La tierra donde nacimos y jugamos, el suelo en donde están los sepulcros de nuestras familias, las glorias de nuestros grandes hombres y el honor de nuestra bandera, eso es la patria. Amadla, niños y nunca temáis morir por ella.<sup>10</sup>

Un modo de presentar lo que es la patria, era a través de poemas que tanto ilustres escritores de la época romántica como maestros de escuela introducían en los textos. Así, un poema a la patria de José Rosas Moreno expresa:

¡Qué hermosa es esta tierra!  
De vuestra dulce infancia  
Deslízase inocente  
En venturosa calma.

¡Qué hermosa es nuestra patria!  
¡Qué fértiles sus valles!  
¡Qué excelsas sus montañas!

...

¡Qué hermosa es esta tierra!  
¡Qué hermosa es nuestra patria!  
¡Qué azul su claro cielo!  
¡Cómo su sol irradia!

...

¡Bendita la sublime,  
la Providencia sabia  
que la llenó de dones  
y plácida la ampara!  
Amadla, siempre, oh niños,  
amadla siempre, amadla;  
vosotros sois su dicha.  
su gloria y su esperanza.  
Ved una madre en ella  
y sin cesar honradla,  
y bendecidla siempre...  
¡Bendita nuestra patria!<sup>11</sup>

<sup>10</sup> José Rosas, "Nuestra patria", en *Rafaelita, Libro tercero*, México, Herrero Hnos. Sucesores, s.f., p. 176.

<sup>11</sup> José Rosas Moreno (1838-1883) nació en León, Guanajuato: De pensamiento liberal, fundó varios periódicos, además de desempeñar diversos puestos públicos, como el de regidor del ayunta-



Otra muestra es la poesía del mexicano Emilio Fuentes y Betancourt<sup>12</sup> que versifica de la siguiente manera:

¡Oh patria querida  
 Mi grato embeleso!  
 ¿Qué exiges de mí?  
 ¿Mi sangre, mi vida?  
 Gustoso todo eso  
 Darelo por ti...  
 Tu pena es mi pena  
 Tu encanto es mi encanto  
 Tu bien es mi bien;  
 Que en mi alma resuena  
 Al par que tu llanto,  
 Tu risa también.  
 Me siento ofendido  
 Si alguno te ofende  
 Manchado tu honor:  
 Me siento engreído  
 Si alguno pretende  
 Decir tu loor.  
 La muerte apartarme  
 Podrá, despiadada,  
 ¡Oh Patria, de ti!  
 Más nadie arrancarme  
 Podrá, idolatrada,  
 Tu imagen de mí.<sup>13</sup>

En estos textos encontramos los conceptos que posteriormente seguirán exaltándose al hablar de México: patria es la tierra, es el cielo, el regalo de la Providencia, pero también es ese ente por el cual se debe dar la vida.

En *El cancionero de la escuela y del hogar* de Leonardo Lis, editado en México por la editorial Progreso, de los jesuitas, aparece un verso titulado “Ofrenda a la patria” del pedagogo argentino, Carlos O. Bunge:

Por mi Dios y por mi sangre  
 te hago ofrenda de mi vida:  
 lo que soy y lo que tengo

---

miento de León, diputado a la Legislatura de Guanajuato, y después al Congreso de la Unión, durante varios periodos. Fue poeta y escritor de varias obras de teatro para niños, poemas de historias de México y libros de lectura infantiles.

12

<sup>13</sup> E. Fuente y Betancourt, “La patria”, en *Susanita*, *op. cit.*, p. 108.

te lo debo, patria mía.  
 Lo que canto y lo que sueño  
 todo el cáliz de mi vida,  
 ante el ara de tus héroes,  
 te lo brindo, patria mía.  
 No me arredran los embates  
 de la lucha por la vida,  
 porque sé que la victoria  
 siempre es tuya, patria mía.  
 Y si pierdo en la batalla  
 los alientos de mi vida,  
 clamará mi último grito;  
 “¡Vive y triunfa, patria mía!”  
 Lo que soy y lo que tengo  
 te lo debo, patria mía;  
 de mi vida te hice ofrenda,  
 ¡usa patria, de mi vida!<sup>14</sup>

Como este, en el mismo cancionero aparecen once cantos más dedicados a la patria y a la bandera, sin dejar fuera el Himno nacional mexicano, que a pesar del laicismo que proclama su Constitución sigue cantando su estrofa principal que contiene, sin duda, una fuerte relación con la divinidad:

Ciña ¡oh patria tus sienes de oliva  
 de la paz el arcángel divino,  
 que en el cielo tu eterno destino  
 por el dedo de Dios se escribió!  
 Más si osare un extraño enemigo  
 profanar con su planta tu suelo,  
 piensa ¡oh patria, querida!, que el cielo  
 Un soldado en cada hijo te dio.<sup>15</sup>

En algunos de los textos utilizados, la idea de patria se refiere a la que se tenía en otros países de donde procedían estos libros. En muchos de ellos al repetir las lecciones para los niños españoles, se exaltan sus valores, como lo hará el catolicismo mexicano del siglo xx. Los textos de las escuelas religiosas, como las de los maristas o lasallistas eran textos españoles, que no se vinculaban con la historia de México, aunque utilizaron sus ideas para servir de ejemplo a la realidad mexicana. Así por ejemplo, en el *Curso superior de lectura* de G.M. Bruño<sup>16</sup> titu-

<sup>14</sup> Carlos O. Bunge, “Ofrenda a la patria”, en Leonardo Lis, *El cancionero de la escuela y del hogar*. Segundo libro, México, Editorial Progreso, 1952, pp. 98-99

<sup>15</sup> Francisco González Bocanegra, “Himno nacional mexicano”, en Leonardo Lis, *op. cit.*, p. 109.

<sup>16</sup> Nombre con el que firmaban sus libros los lasallistas. Otra editorial católica fue la de los ma-

lado *Lo que es la Patria* y que fue utilizado en muchas escuelas del país, se hace la siguiente reflexión:

Cuando corría mi lejana infancia, sentíame yo poseído por el culto a la santa mujer que me diera la vida, y por el culto a España, de quien cien pruebas tengo ya ofrecidas en mi tormentosa existencia. Y muchas veces, cuando balanceaba en compendio las páginas más ilustres de nuestra historia y veía la mirada maternal, atenta como en éxtasis, al libro y al hijo, yo solía preguntarme allá en las indecisas interrogaciones propias de los niños: ¡Dios mío! ¿qué mérito habré yo contraído antes de nacer para que me hayas dado una madre tan buena y una Patria tan grande?<sup>17</sup>

El párrafo es interesante en tanto que vincula la idea de madre con la idea de patria, relación que estará presente en la idea conjunta de “madre patria”, referencia que en los niños mexicanos se hacía para España, con sus valores tradicionales de lengua y religión, la católica por supuesto.

En esta misma lectura, escrita por el destacado filósofo español Emilio Castelar, la idea de territorio, lengua, tradición como parte de la Patria, también estarán presentes:

Todo el planeta es tierra, decía yo en mis destierros, pero no es la tierra cuya substancia llevamos en nuestras venas: la atmósfera es aire, pero no es el aire que recogió nuestros primeros suspiros; todo el sol es luz pero no es la Luz de la vida. Llevaremos hasta morir un beso en la frente, todos los hogares ofrecen calor y abrigo, pero no es aquel abrigo que nos dio el hogar santificado por las lágrimas que contaron nuestras vidas; todas las iglesias son una, pero unas campanas no suenan como aquéllas que han doblado por la muerte de nuestros progenitores o que nos han traído el Avemaría a los labios en la tarde, cuando pliegan las aves sus alas sobre el ramaje y despliegan los astros su luz en el espacio; todas las lenguas son humanas, pero no son aquella lengua de la cual nos valemos para decir ¡madre mía! Y ¡amor mío! Con la cual en los labios queremos presentarnos al juicio de Dios; que todos los recuerdos más santos y todas las esperanzas más consoladoras se concentran en el culto de la Patria, y toda el alma de la Patria en su lengua, legado glorioso recibido de nuestros escritores inmortales, y que debemos como un vínculo sacro, transmitir de generación en generación hasta la más remota posteridad, cual merecen su gloria y su grandeza.<sup>18</sup>

Esta idea de patria se repite en el texto de *Susanita*, historia de una joven labradora; las lecciones en el texto hablan de la vida en España, de la guerra y de acciones diversas, lejanas a la idiosincrasia de los niños mexicanos.

---

ristas, con el nombre de F.T.D. en cuyos libros encontramos textos como el de *Lecturas graduadas, Libro primero*, impreso en México.

<sup>17</sup> Emilio Castelar, “Lo que es la patria!”, en G.M. Bruño, *Curso superior de lectura*, pp. 52-53.

<sup>18</sup> *Idem*.

En la lección titulada “Amor a la patria” se dice:

Si voy del Norte al Sur de España, o del Este al Oeste, me encuentro por todas partes con personas que hablan como yo, que piensan como yo, que tienen los mismos intereses y las mismas leyes que yo... Pero si paso la frontera ya no es lo mismo. No entiendo lo que dice la gente; me toman por un extranjero si no es como a un enemigo. España es la porción de tierra que habitaron, amaron y defendieron mis antepasados. En ella he nacido, en ella he crecido, en ella me instruyo y me hago hombre, viviendo entre semejantes que obedecen a las mismas leyes y reglamentos. Mi patria es Colombia, dice un colombiano: la mía es el Perú, prosigue con entusiasmo el peruano; yo soy chileno, salta uno que es natural de Chile; yo soy argentino, sigue otro, y mi patria gloriosa es la Argentina; y nosotros somos mejicanos, y nosotros cubanos, gritan con delirio los de Méjico [sic] y los de Cuba. Pues yo añado: España es mi patria, la amo y la quiero servir hasta la muerte.<sup>19</sup>

Uno de los conceptos que se repite en los textos escolares es el tema de la evangelización durante la etapa colonial: esta acción llevada a cabo por los misioneros es avalada por la concepción católica como uno de los ideales fundacionales de las nuevas tierras y posteriormente de las nuevas naciones. En una de estas lecturas se hace ver esta labor misionera:

El uno [el misionero] trepa las cordilleras colosales y por ásperos senderos, pasa junto a los volcanes y nevados eternos, se domicilia en las altas mesetas y helados páramos de Méjico o el Perú [...] y permanecen ahí años enteros separados de toda sociedad culta, conformándose con las costumbres, la lengua y la vida nómada de las hordas salvajes, sin más ambición tampoco que el ganarlas para Jesucristo... ¡Qué existencia la del misionero perdido en la inmensidad de las selvas americanas! No tiene más alimento que el que le suministra la caza o la pesca, con las frutas y raíces silvestres; su albergue es una miserable cabaña, cuando no alguna cueva o el tronco hueco de un árbol secular, de donde hay que alejar con el fuego las fieras que por allí andan vagando.<sup>20</sup>

A esta idea religiosa de una misión en tierra salvaje y que desconoce sus adelantos y conocimientos, se suma la de una moral o ética cristianas como “la ciencia que trata de nuestros derechos y deberes, de la bondad de nuestros sentimientos y acciones y de la pureza de nuestras costumbres”.<sup>21</sup> La moral cristiana nos muestra los principios en que se funda el obrar bien, y ofrece reglas para cumplir nuestros deberes para con Dios, para con nosotros mismos y para con nuestros semejantes.

<sup>19</sup> Anónimo, *Susanita*, *op. cit.*, p. 143.

<sup>20</sup> Manuel M. Polit. “Los misioneros de América” en G.M. Bruño, *op. cit.*, p. 333.

<sup>21</sup> Juan García Purón. *La moral en ejemplos históricos*, Nueva York, D. Appleton y Compañía, Editores., s.f., p. 9

El objeto primordial de la ética o moral, “es practicar el bien y evitar el mal”.<sup>22</sup>  
Un pequeño verso la define así:

Aquí está la dicha ven;  
Busca la moral divina,  
Que la moral encamina  
Nuestros pasos hacia el bien.<sup>23</sup>

En la construcción decimonónica de la historia colonial, encontramos en los textos conservadores la importancia de resaltar el papel del conquistador frente al del indio. Para justificar esta moral de “practicar el bien” un primer personaje de la Nueva España que se resalta es el emperador de los mexicas, Cuauhtémoc, que se utiliza para destacar algunas características que valen como ejemplos morales:

El joven indio Cuatimoc, Guatimocín o Cuauhtemotzín, etc., que después de la catástrofe de Moctezuma y de la muerte de Cuitlahuatzín, fue nombrado por los Aztecas su Emperador, luchó con la mayor bravura para defender a su patria. Cuando después de ocho meses de heroica defensa de la ciudad de Méjico, sitiada por el ejército de Hernán Cortés, trató de pasar al valle para hacer allí la guerra con más ventaja, tuvo la desgracia de caer prisionero. Llevado a la presencia de Cortés, este le recibió muy bien y le aseguró que no intentaba hacerle daño alguno, pero Cuauhtemotzín, con un exceso de valor y hasta con altanería, le dijo a Cortés: “Quítame la vida: he hecho cuanto he podido por defender a mi pueblo, pero la suerte me ha sido adversa y comprendo que prisioneros como yo, son inconvenientes para quien tiene que vigilarlos”.

Este acto de Cuauhtemotzín, puede decirse que es de valor temerario; y desde el punto de vista moral, no está justificado, porque nada ganaba irritando a Cortés y exponiéndose al castigo, justamente cuando este lo recibía con signos de amistad y hasta de admiración por su valor. Además, conservando la vida podría aún ser útil a su patria y a sus semejantes; mientras que solicitando la muerte, no podría hacer ni lo uno ni lo otro.<sup>24</sup>

Cuauhtémoc se presenta como un personaje que por su “altanería” frente a un “amable” conquistador perdió la oportunidad de seguir sirviendo a su patria. Su sacrificio heroico pierde valor frente a un comportamiento moral discutible: oponerse al conquistador que tantos bienes trajo a las nuevas tierras...

En tanto, un texto escrito por el eminente educador mexicano, Gregorio Torres Quintero, el cual sí defiende una moral laica y nacional, durante el porfiriato presenta una interpretación opuesta del personaje:

<sup>22</sup> *Idem.*

<sup>23</sup> *Idem.*

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 107.

Los españoles vinieron por el oriente, mandados por un general llamado Hernán Cortés; y desde que pisaron tierra mexicana, tuvieron la ambición de apoderarse de todas las riquezas de los reyes aztecas. Los mexicanos recibieron amigablemente a los españoles; pero estos pagaron la hospitalidad con mucha infamia, apresando y matando al rey y a otros muchos nobles y sacerdotes.

El sucesor del rey asesinado arrojó de México a los españoles, derrotándolos en una noche que ellos mismo llamaron “Noche triste”. Pero a los pocos días ese nuevo rey murió de viruelas, enfermedad que trajeron al país los conquistadores y que desconocían los indios. Entonces fue cuando subió al trono el joven y valiente Cuauhtémoc, resuelto a luchar por la patria.

Hernán Cortés volvió con mayores elementos y rodeó a la ciudad con un inmenso ejército compuesto de españoles e indígenas. Pero Cuauhtémoc no se arredró y supo inspirar valor y confianza a los suyos. En un principio rechazó todos los ataques; peleó diariamente sin cansarse *ni sentir disminuido su patriotismo*, hasta que llegó un día en que no tuvo con qué alimentar a sus soldados. La ciudad estaba destruida casi en su totalidad, pues no era ya más que un caos de ruinas; montones de muertos yacían insepultos, y los vivos apenas podían levantar las armas.

Entonces fue cuando los españoles cogieron prisionero a Cuauhtémoc y le quemaron los pies para que dijera dónde guardaba los tesoros. Pero no dijo nada y soportó el tormento sin perturbarse. Más tarde Cortés lo mandó matar colgándolo de un árbol.

Cuauhtémoc fue el último rey de los mexicanos. Defendió a su patria y por eso es grande.<sup>25</sup>

Este texto muestra los opuestos: los “amables” son los indios, frente a un conquistador ambicioso. Resulta importante que para Torres Quintero ya existía en Cuauhtémoc la idea de patria.

De la misma manera se presenta la conquista como un momento de avance y progreso para la América recién encontrada, que sin duda lo fue. Sin embargo, en los textos conservadores no se reconocen la cultura, ni los adelantos logrados por los indios nativos de las tierras conquistadas:

Los españoles aportaron también sus adelantos y su cultura. Trajeron plantas, caballos, burros y especias; la rueda, el acero forjado, y toda la organización de Castilla. Comunicaron al indio la educación cristiana, el beneficio enorme de los misioneros y la dureza de algunos encomenderos. Organizaron, a su manera, las nuevas tierras, y trajeron la imprenta, la escritura, las armas de fuego, el empedrado de las calles y la construcción colonial. Impulsaron las letras, fabricaron acueductos, introdujeron la vacuna, las casas para pobres, los hospicios, los hospitales y la canalización de los ríos. Comerciaron la seda, lana, algodón, hierro forjado y labrado; la madera tallada, vinos, aguardientes, tejidos, aceite, paños catalanes, sedas, cera y porcelanas. Exportaron plata, grana, añil,

<sup>25</sup> Gregorio Torres Quintero, “El valiente Cuauhtémoc”, en *Rafaelita*, *op. cit.*, p. 63.

oro y cacao. Mejoraron el correo y establecieron la diligencia a fines del siglo XVIII. Fundaron la casa de moneda y el sistema de estudios con ayuda de los eclesiásticos. Si la conquista fue dura, no lo fue tanto para ese tiempo salvaje, y lo fue menos si se compara con otros países conquistadores.<sup>26</sup>

En plena etapa reformista uno de los textos escolares señalaba que durante este tiempo “se mantuvieron y mejoraron las universidades, colegios y seminarios”, frase discutible frente a la Leyes de Reforma. Este texto también propone un análisis muy “especial” y hasta cuestionable de la educación para un alumno que no desea estudiar, donde queda claro que las ideas raciales y jerárquicas siguen vigentes:

El alumno perezoso y descuidado no debe desanimarse del todo, porque también hay muchas “carreras” para él. México necesita muchísimos albañiles, boleros, barre-calles, recoge basuras, cargadores, pepena papeles, vendedores de paletas que arrastran un carrito, leñadores, vendedores de pepitas, cacahuates y elotes cocidos; merolicos de mercado, mandaderos y voceadores de periódicos. Allí pueden ellos realizar ampliamente sus ambiciones en un trabajo honrado y eficiente.<sup>27</sup>

Esta idea de carreras profesionales no comulgaba con la idea liberal de la educación profesional. Sin embargo, nuevamente hay personajes que a pesar de sus limitaciones económicas lograron sobresalir como en los casos de “Benito Juárez y Abraham Lincoln vivieron en chozas, llenos de miseria e incomodidades; pero fueron estudiosos y resultaron brillantes”.<sup>28</sup> La patria justifica una idea de desigualdad social, al ponderar el trabajo profesional muy por encima del manual.

Todos nos prestamos mutuos servicios. Las autoridades y empleados prestan sus servicios a la Patria en los puestos públicos en beneficio de todos nosotros. Los empleados de las casas de comercio u oficinas particulares prestan sus servicios a sus jefes y patronos. Los médicos, ingenieros, abogados y otros muchos profesionistas se ponen al servicio del público. Y a nosotros nos proporcionan muy variados servicios nuestros dependientes y nuestros criados. Estos servicios son más humildes que los otros; pero sin ellos tendríamos grandes molestias y perderíamos tiempo, con perjuicio de otras ocupaciones de mayor importancia. Acordémonos, con nuestros sirvientes, de no hacer a otros lo que no queremos para nosotros.<sup>29</sup>

<sup>27</sup> Suárez Muñoz, *Ética cívica 1*, México, FEP, s.f., s.p.

<sup>28</sup> Juan García Purón, *op. cit.*, p. 145.

<sup>29</sup> Ricardo Gómez, *El lector Hispano-Americano*, México, Herrero, Hermanos, Sucesores, 1912. Lección “Los servidores públicos y nuestros sirvientes”, p. 128

Sin duda los dos personajes paradigmáticos del panteón nacional son tanto en textos oficiales como conservadores durante los siglos XIX y XX Miguel Hidalgo y Benito Juárez. Hidalgo, como “padre de la patria” es el personaje más citado, indispensable en todos los textos de lectura, historia y aun de civismo. Aquí unos ejemplos de estas lecciones sobre Hidalgo. El primero, nuevamente de Torres Quintero, quien hará de este personaje un prócer ya con identidad mexicana. Lo estereotipa como un viejo cura de “cabellos blancos” que amaba a los indios, imagen que será transmitida hasta generaciones recientes. Él recibe el sobrenombre de “padre de la patria”, tal vez el mayor título que un prohombre puede ostentar:

*El cura Hidalgo*

Los españoles dominaron a los mexicanos durante trescientos años, es decir, por tres siglos.

Los mexicanos nunca estuvieron contentos con semejante dominio, y varias veces procuraron libertarse, aunque sin alcanzar nada.

En un pueblecito llamado Dolores vivía un señor cura, ya de cabellos blancos, que quería mucho a los indios y que deseaba la libertad de la *patria*.

El viejecito cura se buscó unos buenos amigos, jóvenes y valientes, y los animó a pelear contra los españoles.

Y en la noche del 15 de septiembre de 1810, aquel cura venerable dio el grito de independencia.

Millares de patriotas acudieron a su lado y bien pronto tuvo un ejército de más de 50 000 hombres.

Los españoles fueron vencidos en las primeras batallas y temblaron de miedo.

¿Quién había de creer que aquel señor cura había de resultar tan valiente general?

Pero hubo entre los mexicanos un traidor, que lo apresó y lo entregó a los españoles. Lo llevaron a Chihuahua, y allí lo sentenciaron a muerte.

El señor cura Hidalgo murió fusilado. Murió por la *patria* que tanto amó y que quiso libertar.

Si él no pudo libertarla, otros que siguieron su ejemplo cumplieron su deseo, venciendo a los españoles.

Desde entonces somos libres.

Y ese bien se lo debemos al señor cura Hidalgo, aquel viejecito de cabellos blancos, a quien llamamos con justicia el *Padre de la Patria* y cuya memoria debemos bendecir todos los mexicanos con amor y gratitud.<sup>30</sup>

Un poema dedicado a Hidalgo también se reproduce en el libro anónimo *Rafaelita*, de la editorial Herrero, que dedicó buena parte de su producción editorial a la impresión de textos escolares:

<sup>30</sup> Gregorio Torres Quintero, “A Hidalgo”, en *Rafaelita. Libro tercero, op. cit.*, p. 95.